

vil, habia una urna de pórvido sumamente bella, trasladada ahora á San Juan de Latran; contenia las cenizas de Agripa que se colocaron al pié de la estatua que él mismo se levantó: los antiguos cuidaban tanto de suavizar la idea de la destruccion, que sabian separar de ella todo cuanto tiene de lúgubre y de espantosa. Por otra parte sus sepulcros eran tan magníficos, que en ellos se hacia sentir ménos el contraste de la nada de la muerte, y de los esplendores de la vida: mas tambien es cierto que como la esperanza de otro mundo era en ellos mucho ménos viva que en los cristianos, los gentiles se esforzaban á disputar á la muerte la memoria que nosotros depositamos sin temor en el seno del Eterno.

Suspiró Osvaldo, guardando silencio. Las ideas melancólicas tienen mucho atractivo, miéntras no hemos sido profundamente desventurados; pero cuando el dolor en toda su aspereza se apodera del alma, ya no se oyen, sin estremecerse, ciertas voces que en otro tiempo solo excitaban en nosotros meditaciones mas ó ménos agradables.

CAPITULO III

Yendo á San Pedro, se pasa por el puente de Santángelo, y Corina y lord Nelvil le atravesaron á

pié. — En este puente, dijo Osvaldo, volviendo del Capitolio, pensé por primera vez largo tiempo en vos. — No me lisonjeaba, repuso Corina, que aquella coronacion en el Capitolio me valdria un amigo, si bien buscando gloria, siempre esperé que me haria amar: ¿para qué sirviera, á lo ménos á las mujeres, sin esta esperanza? — Detengámonos aquí algunos instantes mas, dijo Osvaldo; ¿qué memoria, entre todos los siglos, puede valer para mi corazon tanto como este sitio que me recuerda el primer dia en que vi á Corina? — No sé si me engaño, respondió ella, pero me parece que el cariño se aumenta, admirando juntamente los monumentos que hablan al alma con verdadera grandeza. Los edificios de Roma no son helados, ni mudos; concibiólos el genio; consagran los acaecimientos famosos; y acaso es preciso amar, Osvaldo querido, y amar en especial un carácter como el vuestro, para complacerse en sentir con él todo lo que se advierte noble y hermoso en el universo. — Sí, repuso lord Nelvil; mas mirándoos, y oyéndoos, no he menester de otras maravillas. — Corina le dió gracias con una hermosa sonrisa.

Detuviéronse, caminando á San Pedro, delante del castillo de Santángelo: — Hé aquí, dijo Corina, uno de los edificios, cuyo exterior presenta mas originalidad: este sepulcro de Adriano, trocado por los Godos en fortaleza, lleva el doble carácter de su primero y de su segundo destino: construido

para la muerte, se ve rodeado de un impenetrable recinto, y no obstante le han añadido los vivos algo hostil en las fortificaciones exteriores que contrastan con el silencio, y la noble inutilidad de un monumento fúnebre. Sobre la cima se ve un ángel de bronce con su espada desnuda, y en lo interior hay fabricadas cruelísimas prisiones : todos los sucesos de la historia de Roma, desde Adriano hasta nuestros dias, están enlazados con este monumento : aquí se defendió Belisario contra los Godos, y casi tan bárbaro como los que le embestian, arrojó contra los enemigos las hermosas estatuas que adornaban lo interior del edificio : Creencio, Arnaldo de Brescia, Nicolas de Rienzi (1), estos amigos de la libertad romana, que tantas veces equivocaron las esperanzas con las memorias, se defendieron largo tiempo dentro del sepulcro de un emperador. Amo estas piedras que se juntan á tantos ilustres hechos ; amo este lujo del dueño del orbe, un magnífico sepulcro ; porque se advierte cierta grandeza en el hombre que poseyendo todas las delicias, y todas las pompas terrestres, no teme pensar con tanta anticipacion en su muerte : y el alma se llena de ideas morales, y sentimientos desinteresados, cuando sale en algun modo de los términos de la vida.

Desde aquí, continuó Corina, debiera descubrirse San Pedro, y hasta aquí deberian extenderse las co-

(1) Hállanse estos hechos en la *Historia de las*
litanas de la edad media, por Mr. Simonde, Ginebrino.

lumnas que tiene delante ; tal era el soberbio plan de Miguel-Angel ; creia, á lo ménos, que lo acabasen despues de sus dias ; mas los hombres de nuestros tiempos, ya no se acuerdan de la posteridad ; y una vez puesto en ridículo el entusiasmo, todo se deshace, á excepcion del dinero, y del poder. — Vos hareis renacer ese sentimiento, exclamó Osvaldo. ¿ Quién experimentó nunca la felicidad que yo gozo ? Roma enseñada por vos ; Roma interpretada por la imaginacion y el genio ; *Roma, que es un mundo animado por la ternura, sin la cual el mismo mundo es un desierto* (1). ¡ Ah, Corina ! ¿ qué sucederá á estos dias, mas dichosos de lo que consienten mi fortuna y mi corazon ? — Corina respondió suavemente : — Todos los afectos sinceros vienen del cielo, Osvaldo, ¿ por qué no protegeria lo que inspira ? A él toca disponer de nosotros.

Aparecióseles entónces San Pedro, aquel edificio, el mayor que jamas alzaron los hombres, porque las mismas pirámides de Egipto no le igualan en elevacion. — Tal vez, dijo Corina, hubiera, debido mostraros despues de todos el mas hermoso edificio ; pero no es ese mi sistema : paréceme que para hacerse sensible á las bellas artes es preciso comenzar viendo los objetos que causan una admiracion viva y profunda : probado una vez este sentimiento,

(1) Pensamiento de *Goethe*, el poeta, el filósofo, el literato mas notable que hoy vive en Alemania, por su originalidad y su imaginacion.

revela, digámoslo así, otra esfera nueva de ideas, y hace despues mas capaz de amar, y de juzgar todo aquello que en un órden inferior, representa la primera impresion que recibimos: todas esas graduaciones, todas esas maneras prudentes y variadas para preparar á grandes efectos, no son de mi agrado, no se llega á lo sublime por escalones; sepáranle distancias infinitas de lo que solamente es hermoso. — Osvaldo sintió un movimiento del todo extraordinario, al llegar enfrente de San Pedro: era la primera vez que una obra de los hombres le causaba el mismo efecto que una maravilla de la naturaleza, porque es el único trabajo del arte, en nuestra tierra actual, que tenga aquella especie de grandeza característica de las obras inmediatas de la creacion. Corina gozaba de la admiracion de Osvaldo. — He escogido, le dijo, un dia en que el sol está en todo su brillo para haceros ver este monumento: os reservo otro placer mas íntimo, mas religioso, esto es, contemplarle al resplandor de la luna; pero ántes era menester que asistiérais á la mas espléndida de las fiestas, el genio del hombre adornado con la magnificencia de la naturaleza.

La plaza de San Pedro está rodeada de columnas delgadas de léjos, y macizas de cerca: el terreno que va siempre subiendo un poco hasta el pórtico de la iglesia, aumenta todavía el efecto que produce; y un obelisco de ochenta piés de alto, que ápenas parece elevado á vista de la cúpula de

San Pedro, ocupa el centro de la plaza. La forma de los obeliscos, por sí sola, tiene un no sé qué agradable á la imaginacion; su vértice se pierde en el aire, y parece que lleva al cielo un gran pensamiento del hombre. Este monumento, traído de Egipto para adornar los baños de Calígula, y despues trasladado por Sisto V al pié del templo de San Pedro, este contemporáneo de tantos siglos, que nada pudieron contra él, inspira un sentimiento de respeto; siéntese tan pasajero el hombre, que siempre se conmueve al ver lo que es inmutable. A cierta distancia de los dos lados del obelisco, suben dos fuentes de donde brota perpetuamente el agua, y vuelve á caer en gran copia formando cascada en el aire: aquel murmullo de las ondas que acostumbramos oír en medio del campo, causa en este recinto una sensacion enteramente nueva; mas esta sensacion concuerda con la que hace nacer el aspecto de un templo majestuoso.

La pintura y la escultura, las mas veces imitando la figura humana, ó algun objeto existente en la naturaleza, excitan en nuestra alma ideas perfectamente claras y positivas; pero un hermoso monumento de arquitectura no tiene, digámoslo así, sentido determinado, y al contemplarle, nos sobrecoge aquella meditacion sin cálculo, y sin fin, que tanto extiende el pensamiento: el murmullo de las aguas conviene á todas las impresiones vagas y profundas; es uniforme al modo que es regular el edificio.

Así se reunen uno á par de otro :

L'éternel mouvement et l'éternel repos (1).

En este sitio especialmente no tiene el tiempo poder, porque no le es dado agotar aquellos veneros bullidores, así como no puede conmover aquellas inmóviles piedras : las aguas que se lanzan en haces de aquellas fuentes son tan leves y tan nebulosas, que en un dia hermoso producen en ellas los rayos del sol pequeños arcos iris, formados de los mas bellos colores.

Deteneos aquí un momento, dijo Corina á lord Nelvil, cuando ya estaba debajo del pórtico de la iglesia; deteneos ántes de alzar la cortina que cubre la puerta del templo : ¿ no palpita vuestro corazon acercándoos á este santuario? ¿ y no sentís en el momento de entrar, todo aquello que haria sentir la expectacion de un acaecimiento solemne? — Corina misma alzó la cortina, y la tuvo para dejar pasar á lord Nelvil; tan graciosa en aquella actitud, que la primera mirada de Osvaldo fué para considerarla, y aun se complació durante algunos momentos en no observar nada mas que á ella : entró, por fin, en el templo, y la impresion que experimentó bajo aquellas inmensas bóvedas fué tan honda y tan regiliosa, que el mismo sentimiento del amor ya no bastaba para llenar enteramente su alma. Caminaba

(1) El movimiento eterno y el eterno descanso.
Verso de *Mr. de Fontanes*.

con pasos lentos al lado de Corina, y uno y otro callaban : allí todo impone silencio; el menor rumor resuena tan á lo léjos, que ninguna palabra parece digna de repetirse de semejante modo en una mansion casi eterna. Solo la plegaria, el acento de la desventura, por débil que fuere la voz de que procede, conmueve profundamente aquel vasto recinto; y cuando se oye de léjos venir á un anciano, por debajo de las inmensas bóvedas arrastrando su trémula planta por los hermosos mármoles regados de tantas lágrimas, se ve que el hombre es augusto por la misma enfermedad de su naturaleza que sujeta á su alma divina á tanto padecer, y que el culto del dolor, el cristianismo, contiene el verdadero secreto del tránsito del hombre por la tierra.

Corina interrumpió la meditacion de Osvaldo, y le dijo : — Habeis visto iglesias góticas en Inglaterra y en Alemania, y habreis advertido que tienen un carácter mucho mas lóbrego que esta : en efecto el catolicismo de los pueblos setentrionales tenia cierto aire místico, en vez que el nuestro habla á la imaginacion por los objetos exteriores. Miguel-Angel dijo, viendo la cúpula del Panteon : « yo la pondré en el aire » y realmente San Pedro es un templo colocado sobre una iglesia. Hay cierta union de las religiones antiguas y del cristianismo en el efecto que lo interior de este edificio produce en la fantasía; y muchas veces vengo á pasearme por él para restituir al alma la serenidad que suele perder.

La vista de tal monumento es como una música fija y continua, que nos espera para hacernos bien, cuando nos acercamos á ella; ciertamente es preciso contar entre los títulos de nuestra nación á la gloria la paciencia, el ánimo y el desinterés de los caudillos de la iglesia, que consagraron ciento y cincuenta años, y tantas riquezas y tantos trabajos, á acabar un edificio que no podían lisonjarse de disfrutar los que le levantaban. Es un servicio, aun á la moral pública, hacer á un pueblo el don de un monumento, emblema de tantas ideas nobles y generosas. — Sí, respondió Osvaldo, aquí tienen las artes grandeza, y genio la imaginación; ¿pero la dignidad del hombre cómo se defiende? ¿qué instituciones, qué flojedad en la mayor parte de los gobiernos de Italia! ¿y aunque tan débiles, cómo oprimen! — Otros pueblos, interrumpió Corina, han sufrido como nosotros el yugo, y han carecido además de la imaginación que hace soñar otro destino:

Servi siam, si, ma servi ognor frementi (1),

dice Alfieri, el más altivo de nuestros escritores modernos: y nuestras bellas artes tienen tanta alma, que acaso un día igualará nuestro carácter á nuestro genio.

Mirad, prosiguió Corina, esas estatuas puestas encima de los sepulcros, esos cuadros de mosaico, pacientes y fieles copias de las obras famosas de nues-

(1) Siervos somos, mas siervos siempre inquietos,

tros grandes maestros; jamás examino por menor á San Pedro, porque no me agrada encontrar en él esas bellezas multiplicadas que alteran algo la impresión del conjunto. ¿Qué es, pues un monumento donde parecen adornos superfluos las mismas obras muestras del entendimiento humano? Este templo es como un mundo aparte; hállese en él asilo contra el frío y contra el calor; tiene sus estaciones propias, y su primavera perpetua, jamás alterada por la atmósfera exterior: debajo de su pavimento está edificada una iglesia subterránea, donde se han sepultado los Papas, y muchos soberanos extranjeros, y Cristina, después de su abdicación, y los Estuardos después que su linaje cayó del trono. Roma es, há largo tiempo, refugio de los destruidos del mundo, ¡y Roma misma no está destronada! su vista consuela á los reyes despojados como ella.

*Cadono le città, cadono i regni,
E Puom d'esser mortal, par che si sdegni!* (1)

Poneos aquí, dijo Corina á lord Nelvil, junto al altar, en medio de la cúpula, descubriéis por entre las rejas de hierro la iglesia de los muertos, que está debajo de nuestros piés, y levantando los ojos, apenas alcanzarán vuestras miradas al vértice de la bóveda. Esta media naranja, considerándola aun desde abajo, hace experimentar un sentimiento de

(1) Caen ciudades y los reinos mueren,
¡Y los hombres mortales ser no quieren!

terror, parece que se ven abismos suspendidos sobre la cabeza. Todo lo que excede á cierta proporcion, causa al hombre, á la criatura limitada, un espanto invencible. Lo que conocemos es igualmente inexplicable que lo desconocido; pero hemos practicado, digámoslo así, nuestra oscuridad habitual, al paso que los misterios nuevos nos pasman, y turban nuestras potencias.

Toda esta iglesia se halla adornada de mármoles antiguos, y estas piedras saben mas que nosotros de los siglos pasados : ved aquí la estatua del Júpiter, de que han hecho un San Pedro, poniéndole una auréola en la cabeza. La expresion general de este templo caracteriza perfectamente la mezcla de los dogmas oscuros y las ceremonias brillantes; un caudal de tristeza en las ideas, pero en la aplicacion la blandura y viveza del mediodía; intenciones severas, pero interpretaciones dulcísimas; la teología cristiana, y las imágenes del paganismo; en fin, la reunion mas portentosa del esplendor y de la majestad que puede dar el hombre á su culto respecto de la divinidad. Los sepulcros adornados con las maravillas de las bellas artes, no presentan la muerte bajo un aspecto temible : no pintan, como los antiguos, ni esculpen en los sarcófagos danzas y juegos, pero apartan la imaginacion de la contemplacion de un féretro, con las obras maestras del genio : llaman á la inmortalidad sobre el mismo altar de la muerte; y la fantasía,

exaltada por la admiracion que inspiran, no siente, como en el Norte, el silencio y el frio, inmutables guardianes de los sepulcros. Sin duda, dijo Osvaldo, nosotros queremos que la tristeza rodee á la muerte, y aun ántes que nos alumbrasen las luces del cristianismo, nuestra mitología antigua, nuestro Osian, no pone al lado de la tumba mas que los sentimientos y los cantos fúnebres. Aquí quereis olvidar y gozar; no sé si desearia que vuestro hermoso cielo me hiciese esta especie de bien. — No penseis, sin embargo, repuso Corina, que nuestro carácter sea ligero, ni frívolo nuestro entendimiento; solo la vanidad hace frívolos; la indolencia puede causar algunos intervalos de sueño, ó de olvido en la vida; mas ni debilita, ni corrompe el corazon; y por desgracia nuestra, puede salirse de este estado con pasiones mas profundas y mas terribles que las de las almas habitualmente activas.

Acabando estas palabras, Corina y lord Nelvil se acercaban á la puerta de la iglesia. — Volvámonos otra vez todavía á mirar ese inmenso santuario, dijo ella á lord Nelvil. ; Mirad qué despreciable es el hombre delante de la religion, aun cuando solo consideramos su emblema natural ! ; mirad qué inmovilidad, qué duracion pueden dar los mortales á sus obras, al paso que ellos desaparecen tan rápidamente, y no se sobreviven sino con las obras del genio ! Ese templo es una imagen del infinito ; no hay término á los sentimientos que excita, á las

ideas que representa, á la inmensa copia de años que recuerda á la reflexion, ora en lo pasado, ora en lo venidero, y al salir de su recinto parece que se pasa de los pensamientos celestiales á los intereses del mundo, y de la eternidad religiosa al aire ligero del tiempo.

Corina hizo notar á lord Nelvil, luego que estuvieron fuera de la iglesia, que encima de sus puertas estaban representadas en bajos relieves las metamorfosis de Ovidio. — En Roma, dijo, no escandalizan las imágenes del paganismo, cuando las han consagrado las bellas artes, porque las maravillas del genio dan siempre al alma una impresion religiosa, y hacemos homenaje al culto cristiano de todas las obras maestras que inspiraron los demas cultos. — Osvaldo se sonrió de esta explicacion. — Creedme, milord, continuó Corina, hay mucha buena fe en los sentimientos de las naciones, cuya imaginacion es muy viva. Mas hasta mañana; os llevaré, si gustais, al Capitolio; espero proponeros todavía muchas correrías; ¿partireis, cuando se hayan terminado? ¿acaso.....? Detúvose, temiendo haberse excedido. — No, Corina, respondió Osvaldo, no, no renunciaré á este relámpago de felicidad, que tal vez hace brillar sobre mí de lo alto del cielo un ángel tutelar.

CAPITULO IV

Al otro dia partieron con mas confianza y serenidad Corina y Osvaldo : eran dos amigos que viajaban juntos, y empezaban á decir *nosotros*. ¡Ay, qué dulce es este *nosotros*, pronunciado por el amor! ¡Qué declaracion contiene, expresada con timidez, y no obstante con viveza!—¿Vamos al Capitolio? dijo Corina. — Sí, vamos, respondió Osvaldo, y su voz decia con tan sencillas palabras cuanto puede sentirse : ¡tan tierno y tan dulce era su acento! — Desde lo alto del Capitolio, cual está ahora, dijo Corina, podemos fácilmente descubrir las siete colinas, las recorreremos todas una tras de otra; no hay ninguna que no conserve huellas de la historia.

Corina y Osvaldo siguieron el camino llamado en otro tiempo Via sacra ó la Via triunfal. — ¿Pasó por allí vuestro carro? dijo lord Nelvil á Corina. — Sí, respondió ella, ese antiguo polvo debia admirarse de llevar tal carro, pero se han impreso tantas huellas delincuentes en este camino, desde la república romana, que se ha debilitado mucho el sentimiento de veneracion que inspiraba. — Corina se hizo llevar luego al pié de la escalera del Capi-